

Prepublicación. Extracto del capítulo 'Conservadores y patriotas. El nacionalismo de la derecha española ante el siglo XXI',

'Patriotismo' español



La reclamación de los símbolos como algo propio comenzó en la segunda parte del Gobierno de Aznar. JOSÉ RAMÓN LADRA

Ensayo

JOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS
SANTIAGO DE COMPOSTELA

La primera batalla librada en la búsqueda de una renovación del discurso patriótico de la derecha fue la de la historia. Desde mediados de los 80, varios intelectuales conservadores han emprendido la tarea de reinterpretar e incluso reescribir la historia de España, presentándola como un perfecto ejemplo de unidad en la variedad que, antes o después, debía desembocar en la fórmula constitucional de 1978.

Según esta interpretación, desde la época romana España se caracterizó por ser un mosaico de diversos pueblos y culturas, unificados bien por un destino histórico al compartir un espacio geográfico y un proyecto comunes, o bien por el deseo de constituir una misma unidad política desde la Baja Edad Media y durante la llamada Reconquista contra los musulmanes (cuyo legado, al igual que el de los judíos, suele ser excluido del acervo cultural e histórico que impregnaría el ser español).

La venerable noción de *unidad en la diversidad*, defendida desde la segunda mitad del siglo XIX por pensadores tradicionalistas como Menéndez y Pelayo o Vázquez de Mella, es reformulada en una nueva expresión, *las Españas*, que a pesar de sus variadas culturas y peculiaridades siempre formaron parte de una comunidad nacional que a todas comprendía, y cuya mejor re-encarnación en la actualidad sería el Estado de las autonomías. De acuerdo con esta concepción teleológica de la historia, España no es sino un auténtico resultado

de la experiencia histórica y su *cuerpo* objetivo no hizo sino adoptar diferentes formas a lo largo del tiempo. El arte, la literatura y la cultura castellana desde la Edad Media siguen siendo, además, para buena parte de los representantes de esta tendencia, la mejor expresión del sentimiento de españolidad, presentado a menudo como una suerte de *volksgeist* peculiar y distinto del manifestado en otros cánones literarios europeos.

La reinención

El nacionalismo democrático de la derecha española intentó durante la primera mitad de los 90 una reformulación ideológica que pasase de entrada por la reivindicación y reescritura de su propia tradición histórica. Esa reinención pasó por varias fases. En primer lugar, intentó sin mucho éxito apropiarse del legado histórico del reformismo republicano del primer tercio del siglo XX. Con ese fin, se exhumó entre ese pasado a una figura antes vilipendiada, como Manuel Azaña, cuyo pensamiento fue reinterpretado convenientemente por periodistas como Jiménez Losantos y también por el propio José María Aznar.

En sus libros *España, la segunda Transición* (1994) y *La España en que yo creo* (1995), Aznar se distanciaba de algunos paradigmas del legado nacionalcatólico a la hora de fundamentar su concepción de la nación española. En ésta apenas influía el catolicismo, se destacaba la pluralidad cultural —con, incluso, un tímido reconocimiento de la *pérdida* que la expulsión de judíos y moriscos había supuesto para el legado histórico y cultural español— y se citaba entre alabanzas a los historiadores liberales del siglo XX. Pero en absoluto se evolucionaba hacia un proyecto nitidamente voluntarista de nación.

Por el contrario, España era definida como una realidad histórica forjada en el siglo XV por la acción conjunta de la monarquía y la existencia de un proyecto común, cuya mejor y más generosa expresión sería la generosa y benigna conquista y colonización de América. Esta rica tradición histórica sostendría, según Aznar, por sí sola la legitimación actual de la nación española, una nación que existía ya claramente con anterioridad a las primeras constituciones liberales. (...)

Los nuevos conservadores definían, pues, a España como una nación única, pero multicultural y plural. Naturalmente, se dejaba en la penumbra cuáles eran los límites precisos de esa pluralidad. Un reconocimiento simbólico más amplio de la pluralidad cultural, que pasase por relativizar la cualidad nacional de España, era considerado simplemente una concesión excesiva. Como ha expresado bien Aleix Vidal-Quadras, el Estado español no podría sobrevivir si dejase de ser una nación. Esta afirmación ilustra quizás la mayor contradicción de sus tesis.

El nacionalismo como tal es denigrado por ser caduco, premoderno, tribal y una expresión de un sueño totalitario plasmado en una identidad étnica homogénea. Es, por lo tanto, antiliberal e incompatible en última instancia con la democracia. El individualismo liberal y la defensa de los derechos individuales en general son reputados superiores y, de resultas, anteriores a cualquier forma de derechos colectivos. Sin embargo, el nacionalismo español de Estado, así como los nacionalismos unificadores que surgieron y se desarrollaron en el siglo XIX, son juzgados a través de un prisma positivo, pues habrían producido resultados beneficiosos (modernización económica, consoli-

Los conservadores dejaron en la penumbra los límites precisos de la pluralidad

Paradójicamente, exaltar la transición requería un olvido del pasado reciente

ción de los derechos y conquistas de la revolución liberal...): "Los cañones que tronaron en Sedán o en Magenta llamaban a la modernización, a un cambio de escala en lo económico y en lo cultural, a trasladar las lealtades políticas a nuevas entidades territoriales que surgían del entusiasmo por lo extenso y grandioso. Los apóstoles de los nuevos Estados-nación invocaban al progreso, a la ambición y al futuro". (...)

"Un hecho axiomático"

El hecho de que la existencia territorial e histórica de España fuese un condicionante previo y anterior a la promulgación de la Constitución de 1978 no sería óbice para cuestionar la legitimidad democrática de esta última. Pues según otro miembro de la ponencia constitucional, el hoy diputado del PP Gabriel Cisneros Laborda, constituiría un "hecho axiomático" que la nación española, "sujeto y, al propio tiempo, objeto del pacto constitucional, es una realidad preconstitucional".

Y desde mucho antes. La "vigorosa realidad histórica de la nación española" es indiscutible pese a la "debilidad del sentimiento patriótico español", pues aquélla "se conforma ontológicamente en la Hispania romana; intelectualmente, en el Medioevo, y formalmente, en el Estado moderno. Además, España es una "vieja nación (...) sedimentada tras tantos siglos", una "realidad secular" que, como muchas otras naciones europeas, estaría basada en "elementos más profundos y sólidos, y por ello menos emocionales, que los vínculos puramente étnicos que definen a tantas aspirantes a naciones como hoy abundan en Europa". Personajes como Federico Jiménez Losantos no han tenido

incluido en el libro 'Nacionalismo español', que ha coordinado Carlos Taibo



empacho en reivindicar la hispanidad de los ancestros más venerables de la historia ibérica desde tiempos prerromanos.

Claro que, para definición historicista, la del escribiente histórico más conspicuo de la derecha conservadora en la actualidad, el antiguo comunista revolucionario y otrora miembro del GRAPO, Pío Moa. Tras condenar a todos los nacionalismos periféricos como producto de la mediocridad intelectual de escritores de segunda y sus invenciones fantásticas, se encargaba de advertir que era falso que antes del siglo XIX no existiese España como nación, "confundiendo nación y nacionalismo" (conceptos para él disociables).

Por el contrario, el primordialismo de Moa tiene raíces profundas y lejanas en la historia: "España es una de las naciones más antiguas de Europa. Puede decirse que aparece como tal hace unos mil quinientos años, cuando el reino godó dejó de constituir el poder de unas bandas de guerreros migrantes para identificarse con la sociedad hispanolatina creada por Roma. Tenemos pruebas documentales claras del sentimiento patriótico existente ya por entonces. Otros afirman que España se formó durante la Reconquista, pero ésta no podría entenderse sin la nación anterior, destruida casi del todo por la nación árabe. (...)".

Un paso más atrás

Pero, yendo hacia atrás, fue Escipión el Africano quien fundó España como unidad cultural. La unidad conseguida por la Reconquista frente a unos reinos islámicos cuya cultura "se estancó pronto", debido a las propias limitaciones del islam, estaría amenazada hoy en día "por los separatismos y por la intervención

islámica" del 11 de marzo del 2004, dando lugar a fenómenos traumáticos ya vividos por España, como la separación de Portugal. Una amenaza islámica que cada vez cobra más protagonismo entre las que penden sobre la unidad y la continuidad de la cultura y la nación española, pues objetivo retórico de Al-Qaida sería la reconquista de Al-Ándalus.

No muy diferentes eran, sin embargo, las percepciones del filósofo Gustavo Bueno o del antropólogo José Antonio Jáuregui cuando afirmaban que España precede con mucho al nacimiento del concepto contemporáneo de nación, ya que como comunidad política con voluntad de unidad, y como nación, existiría desde al menos la Hispania romana (...).

La 'renacionalización' española

No sólo era la historia. Desde el inicio del segundo gobierno, ahora con mayoría absoluta, del PP en marzo del 2000, las elites políticas e intelectuales conservadoras aplicaron conscientemente un programa de renacionalización española, programa que sin duda estaba ya pergeñado con anterioridad. De acuerdo con las manifestaciones de José María Aznar, el pueblo español debería ser renacionalizado y convertirse en *normal* dentro del contexto europeo.

En primer lugar, se insistió en afirmar en la esfera pública la existencia de una nación española con profundas bases históricas y culturales. Sin embargo, ese profundo historicismo fue objeto de una conveniente operación cosmética. En concreto, fue incorporado dentro de un programa ideológico aparentemente más sofisticado, que incluso tomó prestado el término *patriotismo constitucional* de la perpleja izquierda. Así se puede apreciar en la ponencia política so-

La idea de España como nación debía ser aceptada "de una manera natural"

La amenaza islámica cobra cada vez más protagonismo frente a la cultura española

bre *El patriotismo constitucional del siglo XXI*, aprobada por el XIV congreso del PP en enero de 2002, y redactada por María San Gil y Josep Piqué, líderes respectivamente de los partidos populares vasco y catalán. El concepto fue apropiado de un modo difuso, pero efectivo. Primero, fue reinterpretado no como una refundación completa de la comunidad política española con base en valores puramente cívicos, sino como una nueva expresión de una identidad más primordial: una suerte de actualización política de una *forma de lealtad a España* —la España integradora y plural de la Constitución de 1978— que tenía profundas raíces en nuestra historia".

España era definida de nuevo como una *nación plural*, cuyos valores se encarnaban en la Carta Magna; su orgullo colectivo se expresaría en el hecho de haber concluido exitosamente una transición democrática desde la dictadura. La Constitución de 1978 era a su vez presentada como un logro colectivo del conjunto de la comunidad nacional, y por lo tanto como un patrimonio que debía ser preservado en su forma pura y original, lo que en la práctica implicaba convertirla casi en un monumento.

Así, el desafío real para la identidad nacional española consistiría en mirar hacia el futuro, pero sobre una sólida base histórica de la que sentirse orgullosos. Pues la identidad española, y la propia idea de España como nación, debía ser aceptada por los ciudadanos de una "manera natural, sin complejos históricos" (...).

Disputas por los símbolos

Desde 2000, especialmente, los intelectuales orgánicos del PP proclamaron igualmente la necesidad de recuperar los ceremoniales patrióticos de masas, al igual que los eventos públicos y deportivos de toda clase, capaces de garantizar la cohesión de diversos estratos sociales, que juntamente con tradiciones asentadas "sirven para cohesionar a sectores sociales diversos aportándoles un sentido comunitario, de convivencia común".

De hecho, las disputas alrededor de los símbolos fueron bien frecuentes durante la segunda etapa de gobierno del PP en Madrid. Así lo testimonia el intento, en septiembre del 2002, del entonces ministro de Defensa, Federico Trillo, de celebrar cada mes ceremonias regulares de homenaje del ejército a la enorme bandera española de la céntrica plaza madrileña de Colón, con el objetivo explícito de convertirla en un lugar de memoria patriótico, particularmente con ocasión de fiestas nacionales.

Aunque la ceremonia solemne de izado de la bandera, acompañada de honores militares, se produjo el 2 de octubre de ese año, el 27 de noviembre el PP pactó con el PSOE una fórmula por la que los homenajes se reducirían a determinadas fechas patrióticas, como el 12 de Octubre, el 15 de Mayo —fiesta local de San Isidro en Madrid—, el 6 de Diciembre y el 24 de Junio —onomástica del rey Juan Carlos I—, si bien por espacio de ocho meses se mantuvieron las ceremonias planeadas, aunque con formato más modesto. El apoyo del PP, desde mayo de 2006, a la iniciativa de dotar de letra al himno nacional español va en la misma dirección: reforzar y dotar de carácter solemne a símbolos de identidad tenidos por débiles.

Mirar hacia el futuro

Junto a ello, la intelectualidad liberal-conservadora se ha movilizó en reivindicación de una nueva narrativa histórica para España, que volviese a redescubrir su grandeza en moldes más políticamente correctos que los ya existentes de la historiografía tradicionalista y nacional-católica. La historia reciente de España no debía ser contemplada como una sucesión excepcional de fracasos colectivos, sino como un nuevo comienzo, ejemplificado en la transición democrática, una *success story* que compensaba los periodos de decadencia e intolerancia del pasado, y que servía como contrapeso positivo a la trágica confrontación de la guerra civil.

Paradójicamente, exaltar la transición requería un olvido del pasado reciente. De ahí que los intelectuales conservadores hayan subrayado repetidamente la necesidad de dejar a un lado los episodios *vergonzosos* del pasado nacional, como la guerra civil y la dictadura franquista, por el bien de la unidad de España.

www.publico.es

TEXTO INTEGRAL DEL CAPÍTULO DE NÚÑEZ SEIXAS
http://tinyurl.com/275lc2

En tres minutos

Carlos Taibo
Historiador y politólogo

"El nacionalismo español no es discutible"

1 ¿Qué es el concepto de nacionalismo español que expone el libro?

Existe un nacionalismo de Estado que se impone a la ciudadanía. El problema es que ni siquiera existe una conciencia generalizada de su existencia. Esa invisibilidad evita que, al contrario de otros, periféricos, se pueda discutir. Eso no lo hace menos dañino. El nacionalismo de Estado comparte muchos de los aspectos negativos de la periferia.

2 ¿Se está tratando de apropiarse del PP de ese nacionalismo español?

El Partido Popular lleva ya mucho tiempo haciéndolo, no es algo nuevo. Dentro de su discurso se encuentran muchas de las ideas del nacionalismo español, pero también dentro del socialista. Los dos partidos comparten las mismas ideas, los mismos planteamientos, no hay alternativa. No son los únicos. Incluso IU, a nivel nacional, adopta parte de esas ideas.

3 ¿Es posible el nacimiento de un partido a la derecha del PP que abandere ese nacionalismo?

No, el PP cierra ese sector político. No existe ese hueco. En todo caso vuelvo a repetir: el PP no es el único partido que asume esos planteamientos.

4 ¿Por qué se identifica el nacionalismo español con la derecha y el vasco, gallego y catalán con la izquierda?

Son simplificaciones. La diferencia estriba en que los nacionalismos periféricos han tenido que reclamar, que luchar contra el español establecido. Se han armado de una imagen contestataria al contrario del español, más conservador. Sin embargo en sus planteamientos comparten muchos de los puntos más negativos.



Nacionalismo español

AUTORES: COLECTIVO
COORDINA: CARLOS TAIBO
EDITA: CATARATA